

**EL NACIONALISMO CATALÁN:
MITOS Y LUGARES DE MEMORIA**

Jordi Canal (coord.)

La construcción mítica del «Onze de setembre de 1714» en la cultura política del catalanismo durante el siglo XX

DAVID MARTÍNEZ Fiol
IES Mollet del Vallès

LA cultura catalanista, por regla general, ha interpretado la Historia de Cataluña en clave nacionalista y, en este sentido, desde el último tercio del siglo XIX, se esforzó en demostrar la existencia de una nación catalana que se remontaba a la misma Edad Media. Lógicamente, la intelectualidad catalanista mitificó el pasado histórico catalán a partir de temas como la expansión de la Corona de Aragón en el Mediterráneo, la «buena salud» jurídica de las instituciones del Principado o el «buen gobierno» de los Condes-Reyes de la Casa de Barcelona. Por contra, como todo nacionalismo, el catalán encontró sus enemigos exteriores en las pretensiones hegemónicas y autoritarias del reino de Castilla. Desde este punto de vista, el Compromiso de Caspe (1412) y la entronización de los Trastámaras en el gobierno de la Corona de Aragón permitió a los catalanistas culpabilizar a los castellanos de la «decadencia» de Cataluña, fechada por ellos mismos entre el siglo XIV y el XVIII. Sin embargo, habría de ser la derrota austriacista de 1714 la que marcara en el imaginario catalanista del siglo XX lo que Sempere i Miquel definió irónicamente como el «Fin de la nación catalana». De esta forma, durante el primer tercio del siglo XX, la intelectualidad catalanista se esforzó, no sin ser víctima de múltiples contradicciones, en establecer el «Onze de Setembre de 1714» como la fecha insignia de sus reivindicaciones patrióticas, hasta el punto de convertirla en su «diada» de celebración nacional¹.

¹ Una aproximación al tema de los mitos de la época moderna en la historiografía y el nacionalismo catalán en Antoni Simon Tarrés, «Els mites històrics i el nacionalisme català. La història moderna de Catalunya en el pensament històric i polític català contemporani (1840-1939)», *Manuscrits*, núm. 12, enero 1994, págs. 193-212. Una panorámica sobre el debate historiográfico en torno al período moderno en Ricardo García Cárcel, «Historia social e historia nacional. Algunas reflexiones sobre la historiografía de las revueltas en la Cataluña Moderna», *Historia Social*, núm. 20, otoño 1994, págs. 47-66. Para el caso concreto del «Onze de Setembre», David Mar-

EL «ONZE DE SETEMBRE» EN EL IMAGINARIO CATALANISTA DECIMONÓNICO:
REPUBLICANISMO Y AUSTRIACISMO

La recuperación de la historia y de la cultura de Cataluña, definida como «la Renaixença», que se realizó en la primera mitad del siglo XIX no formaba parte de una operación de tintes catalanistas, sino que, por contra, pretendía resaltar la especificidad histórico-cultural del Principado como un elemento integrante y enriquecedor de la nueva España liberal y nacional. Ciertamente, la ruptura con el absolutismo se fundamentó en un discurso en el que se exaltaba el espíritu de libertad y cuestionaba el autoritarismo y centralismo monárquico. Sin embargo, cuestionar el autoritarismo monárquico no significaba suprimir la institución real. Así, políticos e intelectuales liberales concibieron la construcción del Estado-nación a partir de un vago antiautoritarismo que, en el marco de la ordenación territorial, debía traducirse en la vertebración, más o menos descentralizada, del conjunto de antiguos reinos que formaban la monarquía hispánica. Para ello, se tendió a construir un pasado histórico medieval español que, inspirado en las corrientes románticas, cuestionase el papel hegemónico (y autoritario) de Castilla y resaltase, a través de la historia local y regional, la intervención histórica del resto de reinos hispánicos en la construcción nacional de España. Sin embargo, las guerras civiles, los pronunciamientos cívico-militares y las diferentes bullangas populares de la primera mitad del siglo XIX condujeron a las diferentes familias liberales a aceptar una estructura estatal centralista².

En Cataluña, entre 1844 y 1868, el malestar contra el estado liberal-centralista permitió a los sectores republicanos encontrar en la Guerra de Sucesión, Felipe V, la Ciudadela y los Mozos de la Escuadra unos referentes históricos idóneos para ejemplificar la *tiranía* de Isabel II, de los Borbones y de la misma monarquía. Sin embargo, el discurso antiborbónico de los republicanos catalanes no tenía una estricta significación nacionalista catalana sino un carác-

téiz Fiol, «Creadores de mitos». El «Onze de Setembre de 1714» en la cultura política del catalanismo (1833-1939)», *Manuscrits*, núm. 15, Bellaterra, Universitat Autònoma de Barcelona, 1997, págs. 341-361.

² Sobre la centralización de la administración territorial véase Jesús Burgueño Rivero, *De la veguería a la provincia. La formació de la divisió territorial contemporània als Països Catalans (1790-1850)*, Barcelona, Rafael Dalmau editor, 1995; y sobre la de los cuerpos de seguridad, Diego López Garrido, *La Guardia Civil y los orígenes del Estado centralista*, Barcelona, Crítica, 1982.

ter francófilo que reivindicaba la necesidad para España de una verdadera «Toma de la Bastilla»: la Ciudadela de Barcelona, construida en el periodo de Felipe V, podía jugar el papel de la mítica prisión parisiense³.

Después del fracaso de la Primera República, un sector del federalismo catalán evolucionó, de la mano de Valentí Almirall, hacia el denominado catalanismo particularista⁴. Ahora bien, Almirall, considerado frecuentemente como el padre intelectual del catalanismo, no formalizó la Guerra de Sucesión como el punto de partida de la pérdida de las libertades constitucionales e institucionales de Cataluña. Fueron, por contra, los sectores conservadores del catalanismo los que, a partir de una síntesis de federalismo, carlismo y austriacismo, resaltaron el marcado carácter nacionalista de la Guerra de Sucesión y el «Onze de Setembre de 1714». Criminalizaron a Felipe V como el causante, entre 1707 y 1716, de la supresión del cuerpo institucional y constitucional de Cataluña y del conjunto de la Corona de Aragón. Por contra, el antifelipismo implicó la recuperación de un discurso austriacista que reivindicaba la figura de Carlos III de Habsburgo como el monarca ideal⁵. Estos planteamientos se manifestaron abiertamente durante la Restauración Alfonsina y, en concreto, durante la Regencia de María Cristina de Habsburgo. En este periodo, los catalanistas, fundamentalmente los más conservadores, creyeron que la Regente, siendo una Habsburgo, podría aceptar la implantación de una Monarquía Española

³ Durante el proceso revolucionario de septiembre-octubre de 1868 se hizo público un cartel de origen anónimo que indicaba, entre otras exigencias, «Suprimir las iglesias/ Abajo la Ciudadela». Una exigencia que se acabó cumpliendo, en Marició Janué i Miret, *La Junta Revolucionària de Barcelona de l'any 1868*, Barcelona, Institut Universitari d'Història Jaume Vicens i Vives-EUMO editorial, 1992, pág. 30. Para la conversión de la Ciudadela en el actual parque, Josep Miracle, *De la Ciutadella al Parc*, Madrid, Editora Nacional, 1984.

⁴ Las tesis particularistas de Valentí Almirall fueron publicadas en sus libros *Lo Catalanisme* de 1885 y *L'Espagne telle qu'elle est* de 1886. Sobre la figura de Valentí Almirall, Juan J. Trías Vejerano, *Almirall y los orígenes del catalanismo*, Madrid, Siglo XXI Editores, 1975; y Josep M. Figueres, *Valentí Almirall. Forjador del catalanisme polític*, Barcelona, Generalitat de Catalunya, 1990. Una reinterpretación del particularismo almiralliano en David Martínez Fiol, «Valentí Almirall: medievalisme, parlamentarisme i corporativisme», *L'Avenç*, núm. 211, febrer 1997, págs. 6-9.

⁵ Según Ernest Lluch, a lo largo de los siglos XVIII y XIX, el austriacismo nunca acabó de desaparecer y fue mutando en el seno de diferentes opciones ideológicas del fin de la modernidad y el inicio de la contemporaneidad; en Ernest Lluch, *La Catalunya vençuda del segle XVIII. Foscors i clarors de la Il·lustració*, Barcelona, Edicions 62, 1996.

dual formada por las Coronas de Aragón y de Castilla, unidas dinásticamente como en la época de los Austrias y que tenía, además, un modelo contemporáneo evidente: el imperio Austro-Húngaro de la misma familia de los Habsburgo⁶. La propuesta quedó en nada y, a partir de 1898, la visión austriacista del catalanismo conservador tuvo que competir con la interpretación renovada que los emergentes y jóvenes sectores separatistas ofrecieron sobre el significado de la Guerra de Sucesión y el «Onze de Setembre».

LAS CONTRADICCIONES DE LA HEGEMONÍA REGIONALISTA:
ENTRE EL IMPERIALISMO Y EL ANTIMILITARISMO

Si, a lo largo del siglo XIX, las diferentes guerras coloniales favorecieron que en la metrópoli arraigase la creencia de que Cuba, Puerto Rico, Filipinas o el norte de Marruecos formaban parte de España, reforzando, al mismo tiempo, la conciencia de una nación imperial española, la nueva pérdida de las colonias, en 1898, golpeó la validez de la construcción del Estado nacional, imperial y liberal⁷. Todo el esfuerzo por definir qué era España quedaba nuevamente cuestionado: ¿por qué se separaban Cuba, Puerto Rico y Filipinas? ¿Era un problema de mal gobierno? Porque si era un problema de mal gobierno, ¿era un problema del gobierno liberal o de la clase política de la Restauración Alfonsina? ¿O, simplemente, la intelectualidad liberal había sido incapaz de definir y explicar qué era la nación española? Este tipo de preguntas se resumieron en la clásica expresión «El problema de España»⁸.

⁶ Enric Ucelay-Da Cal, «El mirall de Catalunya»: models internacionals en el desenvolupament del nacionalisme i del separatisme català, 1875-1923», *Estudios de Historia Social*, núm. 28-29, Madrid, 1984, págs. 213-219; y Jordi Llorens, *La Unió Catalanista i els orígens del catalanisme polític. Dels orígens a la presidència del Dr. Martí i Julià (1891-1903)*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1992, págs. 242-248.

⁷ De hecho, la sociedad catalana, en general, participó, durante la segunda mitad del siglo XIX, de un cierto entusiasmo imperialista español, tanto en las campañas de Marruecos (1859-1860 y 1893) como en las guerras antillanas (1868-1878 y 1895-1898). Véase Carlos Serrano, *Final de Imperio. España 1895-1898*, Madrid, Siglo XXI, 1984.

⁸ La definición o definiciones de España como nación fue un debate intenso que ocupó a las clases medias intelectuales entre finales del siglo XIX y el primer tercio del siglo XX. Véase Inman Fox, *La invención de España. Nacionalismo liberal e identidad nacional*, Madrid, Cátedra, 1997. El papel del catalanismo político en la definición nacional de España en Enric Ucelay-Da Cal, *El imperialismo catalán. Prat de la Riba, Cambó, D'Ors y la conquista moral de España*, Barcelona, Edhasa, 2003. Tam-

Una vía de superación de la crisis post-colonial pasó por la redefinición de España como Estado y Nación. Los regionalismos finiseculares pretendieron articular nuevas visiones de España o, simplemente, ofertar viejas ideas bañadas con argumentos modernos; ofertas, por regla general, contradictorias y enfrentadas entre sí. Mientras los denominados regionalismos periféricos, principalmente de Cataluña y País Vasco, aspiraban a una vertebración descentralizada del Estado español, el regionalismo castellano asumía una idea centralista de España, identificando la noción de España con la de Castilla. De hecho, existía en el regionalismo castellano un notable contingente de miembros del Partido Liberal que rechazaban como a la peste cualquier propuesta autonomista. Al margen de la analogía entre modernidad y centralización asumida por el Partido Liberal Fusionista, otra de las razones que explican su actitud refractaria frente a los nacionalismos se encuentra en la negativa experiencia que supuso para el gobierno Sagasta el conceder, en plena crisis colonial, un Estatuto de Autonomía a Cuba; sobre todo, porque no impidió la derrota ante los EEUU y los independentistas antillanos y filipinos. La necesidad de justificar su patriotismo, condujo a los liberales a mimar excesivamente al ejército: suya fue la Ley de Jurisdicciones de 1906⁹.

Para el catalanismo fue fácil identificar la España de Alfonso XIII con el militarismo, el autoritarismo y Castilla. Así, entre 1902 y 1923, la Lliga Regionalista o la Unió Federal Nacionalista Republicana (UFNR) no tuvieron problemas para elaborar un discurso regionalista en el que una Cataluña antimilitarista, civilista e industrial asumía la misión de modernizar el Estado español, arrancándole todos sus «tics» autoritarios de origen castellano. En todo caso, hay que señalar que fueron los regionalistas conservadores quienes hegemonizaron el discurso catalanista, imponiendo en Cataluña, a tra-

bién Borja de Riquer i Permanyer, *Identitats contemporànies: Catalunya i Espanya*, Vic, EUMO, 2000. Del mismo autor, los artículos, recogidos en el libro anterior, «Reflexions entorn de la dèbil nacionalització espanyola del segle XIX», *L'Avenç*, núm. 170, maig 1993, págs. 8-15; y «La dèbil nacionalización española del siglo XIX», *Historia Social*, núm. 20, otoño 1994, págs. 97-114.

⁹ Fue el Partido Liberal, desde el gobierno, el que se negó a aceptar la propuesta de una Mancomunitat para Cataluña en 1911-1913. De igual forma, en 1918-1919, el gobierno Romanones se opuso a la demanda catalanista de un Estatuto de Autonomía, alentada por las independencias de los pueblos del Este de Europa y Balcánicos a raíz de la caída del Imperio Austro-Húngaro y Ruso; véase Enric Ucelay-Da Cal, «La Diputació i la Mancomunitat: 1914-1923», *Història de la Diputació de Barcelona. II*, Barcelona, Diputació de Barcelona, 1987, págs. 50-63 y 93-139.

vés de las Diputaciones Provinciales y de la Mancomunitat, un es-tilo y un proyecto político, económico y cultural conocido como *Noucentisme*. Un proyecto que evidenció sus múltiples contradicciones en la misma interpretación político-histórica de la Guerra de Sucesión y del significado del «Onze de Setembre».

Curiosamente, Prat de la Riba, líder e ideólogo de la Lliga Regionalista, anatemizó con contundencia cualquier celebración del «Onze de Setembre». Para Prat de la Riba, el «Onze de Setembre» simbolizaba una derrota y, por tanto, un pueblo que aspiraba a hacerse un puesto en un mundo marcado por la Segunda Revolución Industrial y la carrera imperialista no podía presentarse en España ni en las tribunas internacionales a través de una historia forjada en derrotas. Por esta razón, Prat prefería la Edad Media catalana, de la cual destacaba la expansión imperialista de Jaume I y Pere el Gran. La negativa de Prat a la conmemoración del «Onze de Setembre» se fundamentaba en su cosmovisión conservadora y de hombre de orden. Para el que fue Presidente de la Mancomunitat entre 1914 y 1917, la «Guerra dels Segadors» y la Guerra de Sucesión evidenciaban el triunfo de los sectores exaltados de la sociedad catalana de su época frente a los catalanes de «seny»; de los radicales frente a los moderados¹⁰.

Sin embargo, aunque Prat de la Riba criticase y rechazase el «Onze de Setembre» por sus características maximalistas y derrotistas, la Lliga no pudo obviar el significado patriótico que le confirieron sus bases, simpatizantes y votantes. Ciertamente, la Lliga, antes de deteriorar su imagen catalanista en 1923 al dar apoyo al general Primo de Rivera, no negligió el discurso del nacionalismo radical en la medida que le servía para presionar al gobierno del Estado: por un lado, exageraba la fuerza del sentimiento separatista en Cataluña; y, por otro, los regionalistas afirmaban que, con su espíritu moderado, eran los únicos capaces de frenar los radicalismos nacionalistas. De esta forma se establecía la siguiente paradoja: los nacionalistas radicales, aunque en apariencia se mostraban contrarios al posibilismo regionalista, daban su voto a la Lliga por considerarlo el voto útil catalanista; y, como consecuencia, la Lliga hubo de asumir paternalmente los «aixalabraments» de los jóvenes sectores separatistas, así como algunos de sus referentes temáticos como pudo ser el «Onze de Setembre»¹¹.

¹⁰ Paradigmático es Enric Prat de la Riba, «1714. Els Hèroes Martres», *La Veu de Catalunya*, 11-IX-1910, reproducido en *La commemoració de l'Onze de setembre a Barcelona*, Barcelona, Ajuntament de Barcelona, 1994, págs. 51-52.

¹¹ No hay que olvidar que las Joventuts Nacionalistes de la Lliga, aunque so-

Hay que resaltar que la celebración del «Onze de Setembre» como «Diada» nacional de Cataluña tuvo sus orígenes entre los círculos nacionalistas radicales. El hecho que desencadenó el sistematismo de su conmemoración se produjo el 11 de septiembre de 1901, cuando una cincuentena de individuos afines a la Unió Catalanista decidió depositar coronas de flores en la estatua de Rafael Casanova. Mientras realizaban su homenaje patriótico fueron detenidos y encarcelados por la policía. Ante lo que ellos consideraron una agresión del opresor castellano, decidieron fundar una entidad con el significativo nombre de «La Reixa», cuyo objetivo principal debía ser el de celebrar anualmente el «Onze de Setembre»: en primer lugar, como recuerdo de su encarcelamiento; y, en segundo lugar, como homenaje a los «héroes» del sitio de Barcelona de 1714¹².

No obstante, la aceptación del «Onze de Setembre» por parte del conjunto del mundo catalanista exigió, en las dos primeras décadas del siglo xx, un esfuerzo para consensuar su contenido temático. Un contenido que permitiese a los regionalistas aceptar palabras como rebelión e insurrección sin que contradijeran su visión conservadora del orden social. Todos mostraron su conformidad en que el «Onze de Setembre» simbolizaba la lucha por la defensa del autogobierno y la rebelión contra el autoritarismo castellano. Pero esta rebelión debía entenderse en un sentido antimilitarista y lejano del insurreccionalismo: era una rebelión defensiva contra la agresión castellana. Fue un discurso coyuntural que permitió presentar la So-

cialmente conservadoras, eran un vivero de nacionalistas radicales; véase Jordi Cassas i Ymbert, *Jaume Bofill i Mates (1878-1933)*, Barcelona, Curial, 1980; y del mismo autor, «Els quadres del regionalisme. L'evolució de la Joventut Nacionalista de la Lliga fins el 1914», *Recerques*, núm. 14, Barcelona, Curial, 1983, págs. 7-32.

¹² Jaume Colomer, *La temptació separatista a Catalunya. Els orígens (1895-1917)*, Barcelona, Columna, 1995, págs. 34-41. Sin embargo, la construcción de la estatua de Rafael Casanova, la cual ha servido de punto de referencia para las celebraciones del «Onze de Setembre» no tuvo un origen propiamente catalanista. Su construcción fue una iniciativa del Ayuntamiento de Barcelona, en 1886, siendo su alcalde el liberal y antiguo progresista, Rius i Taulet. Así, el liberalismo fusionista y conservador catalán seguían, en los años de la Restauración, recogiendo la tradición historicista de los primeros años de la revolución liberal. Curiosamente, la tradición historicista de la revolución liberal y la cultura catalanista finisecular encontraron numerosos puntos en común que permitieron creer a éstos últimos que todos los habitantes de Cataluña, hasta las mismas autoridades de la Restauración, pensaban en clave catalanista. Una percepción que se ha mantenido hasta la actualidad. La paradoja residía en el hecho de que ambas culturas políticas, la liberal y la catalanista, no cuestionaban España sino que tenían percepciones diferentes sobre su vertebración. Sobre los orígenes del monumento a Rafael Casanova, Joan Crexell, *El monument a Rafael Casanova*, Barcelona, El Llamp, 1985, págs. 19-38.

lidaritat Catalana y su éxito electoral de 1907 como una insurrección pacífica del pueblo catalán. Sin embargo, esta insurrección pacífica estaba plagada de referentes claramente militares que favorecieron la glorificación de los defensores de Barcelona en 1714¹³.

Paradigmático de este estado de cosas fue la publicación, en 1912, del libro de Josep Rafael Carreras i Bulbena, *Villarroel, Casanova, Dalmau. Defensors heroics de Barcelona en el setge de 1713-1714*¹⁴. Un libro que enfatizaba el carácter interclasista de la lucha contra el absolutismo borbónico y, por tanto, la rebeldía de Cataluña contra el militarismo castellano. Es más, justificaba la participación de Cataluña en la Guerra de Sucesión porque era una guerra defensiva como consecuencia de una agresión exterior. La defensa de Barcelona en 1713-1714 quedaba legitimada, momentáneamente, porque los publicistas catalanistas habían encontrado el recurso ideológico políticamente correcto: el discurso liberal y civilista, identificado con la República Francesa y la «República Coronada» Británica, que condenaba las guerras de agresión, pero que, al mismo tiempo, justificaba cualquier opción armada de contenido defensivo. Era una adaptación a los discursos, tanto «militaristas» como «pacifistas» de pre-Guerra Mundial matizados y mediatizados por los conflictos balcánicos de 1912-1914 y que tuvieron su continuación en plena Gran Guerra¹⁵. De hecho, durante el conflicto mundial, la mayor parte del mundo catalanista se declaró aliadófilo, ya que interpretaban que Francia había sido agredida por los Imperios Centrales, caracterizados por su militarismo y autoritarismo. Un simbólico contingente de catalanes combatió en las filas de la Legión Extranjera francesa contra los Imperios Centrales, hecho que permitió a la publicística nacionalista aliadófila interpretar que la guerra contra Alemania era también la guerra contra la monarquía alfonsina porque era germanófila y militarista. Se perseguía como objetivo fi-

¹³ Enric Ucelay-Da Cal, «Violencia simbólica y temática militarista en el nacionalismo radical catalán», *Ayer*, núm. 13, Madrid, Marcial Pons, 1994, págs. 237-264.

¹⁴ Existe una reedición de 1995 que reproduce la de 1912 en Josep Rafael Carreras i Bulbena, *Villarroel, Casanova, Dalmau. Defensors heroics de Barcelona en el setge de 1713-1714*, Barcelona, Barcelonesa d'Edicions-Generalitat de Catalunya, 1995.

¹⁵ En septiembre de 1914 se conmemoraban los doscientos años del «Onze de Setembre de 1714». Como homenaje, la publicación nacionalista radical *Renaixement*, portavoz de la Unió Catalanista, publicó a lo largo de 1914 una historia seriada de los acontecimientos que condujeron a la «derrota catalana» frente a las tropas españolas de Felipe V. El contenido de los múltiples artículos editados refrendaban la tesis de la agresión castellano-española contra las libertades catalanas.

nal forzar una reforma democrática y descentralizada del Estado español patrocinada por los Aliados. La praxis militar de los soldados catalanes en la Legión Extranjera consolidó entre los sectores catalanistas un paradójico discurso militarista de corte pacifista, que permitía distinguir entre militares «buenos» y «malos». Paradigma del militar «malo» fue la oficialidad del ejército español: penderciera, autoritaria y agresiva. Ejemplo de militar «bueno» y demócrata fue Francesc Macià. No hay que olvidar que la Solidaritat Catalana significó la entrada en la escena política catalanista de un Macià que, siendo coronel de ingenieros, abandonó el ejército a raíz del establecimiento de la Ley de Jurisdicciones¹⁶.

Las ambivalencias y ambigüedades de los diferentes discursos catalanistas, que habían permitido, entre 1906 y 1919, plataformas unitarias como la Solidaritat Catalana, la campaña por la Mancomunitat, la Asamblea de Parlamentarios de 1917 y la campaña del Estatuto en 1918-1919, fueron insuficientes en la coyuntura de crisis social de 1919-1923. Los nacionalistas radicales, entre los que ya se contaba Francesc Macià, definieron claramente que la insurrección catalana no pasaba ya por movimientos cívicos y electorales sino por la vía irlandesa: es decir, sublevación armada de carácter popular a la cual creían que debía sumarse la CNT¹⁷. Semejante propuesta había de escandalizar a los líderes regionalistas, que se mostraban muy preocupados por los atentados perpetrados por los anarquistas y por la actuación paramilitar del ejército, la policía y los Sindicatos Libres. En este sentido, la celebración del «Onze de Setembre» cambió de matiz para regionalistas, republicanos y nacionalistas radicales: si para unos era una celebración pacífica, para los últimos se convertía en una actitud de fuerza en la que la esperada actuación represiva de la policía podía conducir a una indignada rebelión nacionalista. Sin embargo, los incidentes que protagonizaron los sectores separatistas durante la celebración del 11 de septiembre de 1923 no condujeron a la rebelión catalanista, sino

¹⁶ La mítica militarista teñida de pacifismo del nacionalismo catalán en David Martínez Fiol, *Els «voluntaris catalans» a la Gran Guerra (1914-1918)*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1991. Una interpretación clásica sobre la prepotencia política y profesional de los militares españoles en Carolyn P. Boyd, *La política pretoriana en el reinado de Alfonso XIII*, Madrid, Alianza, 1990.

¹⁷ En el verano de 1917 existieron unos primeros contactos entre Macià i el líder cenetista Àngel Pestaña, véase Enric Ucelay-Da Cal, *La Catalunya populista*, Barcelona, La Magrana, 1982, pág. 90. Una interpretación más amplia en Enric Ucelay-Da Cal, *El nacionalisme català i la resistència a la dictadura de Primo de Rivera 1923-1931*, 2 vols., tesis doctoral, UAB, 1983.

que facilitaron y justificaron el pronunciamiento militar que, dos días después, encabezó el capitán general de Cataluña, Miguel Primo de Rivera.

Ante la radicalización social y nacionalista, los regionalistas conservadores acabaron por romper el consenso establecido en torno a los temas más característicos de la mítica catalanista. Una ruptura que se extendió al ámbito político y que se tradujo en el apoyo de la Lliga a la solución militar del general Primo de Rivera. Una actitud que se hizo extensiva en las polarizadas elecciones municipales de abril de 1931, cuando la Lliga jugó la baza identificada como monárquica y antirrepublicana¹⁸. Como consecuencia de este posicionamiento netamente conservador, la visión del «Onze de Setembre» que asumió definitivamente la intelectualidad regionalista recogió plenamente las tesis de Prat de la Riba y se concretó en la interpretación que sobre el tema dio a conocer Ferran Soldevila en su *Història de Catalunya* publicada en 1935.

FERRAN SOLDEVILA Y «LA FI DE L'ESTAT CATALÀ AUTÒNOM»

En abril de 1931 se proclamó la Segunda República, la cual dio paso, en septiembre de 1932, a un régimen autonómico para Cataluña. En este sentido, las izquierdas catalanas y catalanistas resaltaron que la instauración de la República y la recuperación de las libertades catalanas había sido fruto de una «revolución pacífica». Sin embargo, cuando en 1933-1934 los lerrouxistas formaron gobierno con el apoyo parlamentario de la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA), las izquierdas republicanas y obreristas manifestaron su nerviosismo, ya que, según decían, la República había sido secuestrada por los «fascistas». Creyeron que se imponía un movimiento popular en defensa de los ideales del 14 de abril de 1931. Este «nerviosismo» estalló en octubre de 1934, cuando la entrada de la CEDA en el gobierno central condujo a la revolución obrera de Asturias y a la sublevación del presidente de la Generalitat Lluís Companys y de su gobierno contra la legalidad republicana. La acción de Companys se tradujo en una llamada a todos aquellos que, en España, quisieran defender, desde Cataluña, el espíritu del 14 de abril de 1931, mientras proclamaba, en el más clásico discurso federalista, l'«Estat Català dins la República Fede-

¹⁸ Sobre este juego de identificaciones Enric Ucelay-Da Cal, *La Catalunya...*, ob. cit., págs. 114-120.

ral» española¹⁹. El fracaso de la insurrección de octubre de 1934 significó la suspensión de la autonomía regional catalana, la cual pasó a ser gobernada por gobernadores generales o presidentes accidentales de la Generalitat vinculados al ejército, el lerrouxismo, la CEDA y la Lliga Catalana (nombre adoptado por la Lliga Regionalista a partir de 1933). Es más, la Lliga aportó como presidentes accidentales de la Generalitat a Joan Maluquer i Viladot i Fèlix Escalas i Chameni²⁰.

Fue en este contexto político, en el cual la Lliga quiso recuperar el viejo proyecto *noucentista* de principios de siglo, cuando apareció la obra de Ferran Soldevila, *Historia de Catalunya*. Publicada en 1935 en tres volúmenes, fue editada por Alpha bajo la protección financiera de Francesc Cambó. La obra de Soldevila recogía todos los tópicos del discurso catalanista conservador. Soldevila ofrecía una interpretación del «Onze de Setembre» y de la Guerra de Sucesión que conectaba con las palabras que, al respecto, había escrito Prat de la Riba en 1910: la crítica a los catalanes que en 1713 decidieron continuar la guerra contra Felipe V en lugar de buscar soluciones más pactistas que hubiesen salvado algo del orden constitucional catalán.

En primer lugar, Soldevila no cuestionaba el carácter dinástico de la Guerra de Sucesión, de la misma manera que resaltaba cada uno de los proyectos de vertebración de España que asumían Borbones y Austrias:

Cadascuna de les dinasties en pugna tenia, dins les tendències generals de les grans monarquies continentals, prou acusades les

¹⁹ Ilustrativo de este punto de vista Manuel Cruells, *El 6 d'octubre a Catalunya*, Barcelona, Pòrtic, 1976.

²⁰ Ismael Pitarch, *La Generalitat de Catalunya. I. Els Governos*, Barcelona, Undarius, 1976, págs. 211-213. Un libro apologético de la actuación gubernamental de la Lliga Catalana al frente de la Generalitat en 1935 fue Joan Costa i Deu y Joan Rovira, *Joan Valles i Pujals a la conselleria d'obres públiques de la Generalitat. Reportatge de l'obra que ha de transformar Catalunya*, Barcelona, Llibreria Verdager, 1936. Sin embargo, la tradición historiográfica catalanista heredera del frentepopulismo de los años treinta ha ninguneado o despreciado el periodo de gobierno de lerrouxistas, cedistas, militares y regionalistas al frente de la Generalitat. Un libro ilustrativo de esta tendencia es Josep M. Solé i Sabaté (dir.), *Història de la Generalitat de Catalunya i dels seus presidents 1714-2003*, vol. III de la «Història de la Generalitat de Catalunya i dels seus presidents», Barcelona, Generalitat de Catalunya i Enciclopèdia Catalana, 2003. La distorsión historiográfica y política sobre quienes eran los «auténticos» presidentes de la Generalitat de Catalunya durante la Segona República en Enric Ucelay-Da Cal, «La llegenda dels tres presidents», *L'Avenç*, núm. 50, juny 1982, págs. 60-66.

diferències, en allò precisament que més separava Catalunya i Castella. La dinastia austríaca representava l'imperialisme descentralitzat; la dinastia borbònica, l'absolutisme i la centralització portats a llurs darreres conseqüències²¹.

Pero, inmediatamente, Soldevila adoptaba el lenguaje político de los años de la Segunda República y definía a los partidarios de Carlos de Austria como defensores del régimen autonómico. Así, cuando en 1705, las instituciones catalanas se posicionaron en favor de Carlos, Soldevila lo justificaba señalando que,

... no és estrany que la revolta es fes al crit de Visca la Pàtria, Visquen els furs, Visca Carles III; i que l'oposició a Felip V aplegués tots aquells regnes on l'esperit i les pràctiques autonòmiques eren encara vius —Catalunya, Mallorca, València, Aragó— tota l'antiga corina (sic)²².

Soldevila partía de la base de que en Cataluña predominaba, como parte sustancial de los catalanes, un intenso espíritu «autonómico», anticentralista y antiautoritario. Al mismo tiempo, Soldevila ponía de manifiesto que autonomismo no era sinónimo de «rauxa», sino que el catalán se caracterizaba por el «seny». De esta forma, afirmaba que la continuación de la lucha por parte de los austriacistas catalanes, después del tratado de Utrecht de 1713, sólo podía conducir a la desgracia colectiva de los catalanes y a la pérdida definitiva de las libertades «autonómicas». Y responsabilizaba al brazo popular de haber empujado a los catalanes a una resistencia inútil y desesperada, haciendo oídos sordos a los consejos «pactistas» de los brazos militar y eclesiástico, los cuales defendían la necesidad de forzar un acuerdo con Felipe V. Así, Soldevila constataba que:

Les característiques d'aquest nou i darrer període de la guerra no difereixen gaire del que hem estudiat en el capítol precedent: segueix essent una lluita dinàstica: a favor de Carles III i contra Felip V. Segueix essent una lluita d'intervenció en l'estructuració hispànica, com havia estat des dels seus començos, com ho serà fins el darrer moment, en declarar, els seus defensors, a punt de sucumbir, el fracàs de llur esforç per a salvar Espanya de l'escla-

²¹ Ferran Soldevila, *Història de Catalunya*, vol. II, Barcelona, Alpha, 1935, pág. 373.

²² *Ibid.*

vatge borbònic (...) És encara, més exacerbadament que mai, l'esforç per a defensar les institucions catalanes²³.

Ferran Soldevila se esforzó por minimizar el carácter popular de la defensa y resistencia de Barcelona en 1714 e insistió en definir la Guerra de Sucesión como un conflicto dinástico que debía certificar el grado de intervención política que debía asumir Cataluña en la definición territorial e institucional de España. Por tanto, la resistencia del brazo popular y del «Consell de Cent» no debía interpretarse ni como una revuelta social ni como una acción independentista. Por el contrario, la interpretación de Soldevila justificaba el tradicional intervencionismo político de la Lliga Catalana en los asuntos de «Madrid». Ciertamente, hay que tener en cuenta que Soldevila escribió su libro con el apoyo financiero de Cambó. En consecuencia, la tesis soldeviliana sobre el «Onze de Setembre» no hizo otra cosa que denunciar en clave historiográfico-simbólica el sinsentido de la acción de Companys y del gobierno de la Generalitat en octubre del 1934: identificaba la actitud resistencialista del brazo popular y el «Consell de Cent» en 1713-1714 con la posición insurreccionalista de ERC en octubre de 1934. Desde el punto de vista de los regionalistas, ambas acciones tuvieron repercusiones funestas para Cataluña: en 1714 el establecimiento del Decreto de Nueva Planta y en 1934-1935 la suspensión de la autonomía. De esta forma, el título del capítulo XXXIII del estudio de Soldevila poseía unas claras referencias a los hechos y al lenguaje político de octubre de 1934: «La caiguda de Barcelona i la fi de l'Estat Català Autònom»²⁴. Así, ante la suspensión del régimen autonómico, Soldevila justificaba con su libro el papel de la Lliga durante el periodo que iba de octubre de 1934 a febrero de 1936: como los hombres de «seny» de 1713-1714, que intentaron reflotar Cataluña desde la derrota, los regionalistas pretendieron hacer lo mismo por salvar la autonomía de los años treinta formando gobiernos de la Generalitat con lerrouxistas y cedistas.

En definitiva, Soldevila defendió en su obra la línea «pactista» con Felipe V, que, en 1713-1714, quisieron seguir los brazos militar y eclesiástico. Línea «pactista» del pasado histórico que legitimaba la que sí siguieron los regionalistas en 1935 y que les permitió obtener el control de una Generalitat disminuida de competencias autonómicas. Por esta razón, resulta significativa la apología que Sol-

²³ *Ibíd.*, pág. 397.

²⁴ Ferran Soldevila, *Història...*, vol. II, ob. cit., 394.

devila realizó sobre la adecuación de Cataluña en el régimen absolutista borbónico instaurado en 1716 que parecía semejarse a la que los regionalistas conservadores habían realizado en el periodo de gobierno radical-cedista:

La força d'aquests reductes suprems de l'esperit nacional de Catalunya —la terra, la tradició, l'idioma, la ciutat— no fou utilitzada conscientment, ni gairebé, podríem dir, activament, pels catalans. Aqueixa força, no sols passiva, sinó actuant, va obrar per propi impuls elemental. Els catalans, si algun esforç conscient van dur a a la lluita, fou per ajudar l'obra de desnacionalització. La tendència a intervenir en la política espanyola, i fins i tot a dirigir-la, que s'inicia en el regnat de Carles II i culmina, amb l'esforç per a donar un rei a Espanya, en la guerra de Successió, havia finit tan desastrosament per a Catalunya, que haurà de passar més d'un segle ans no es renovi. Sembla com si, de la mateixa manera que després de la guerra separatista va nèixer en l'esperit dels catalans la idea d'intervenció en la direcció d'Espanya, d'assimilar— s'hi, d'esborrar, doncs, la diferenciació existent, profunda encara. Ni Estat a part ni Estat hegemònic no havien resultat assolibles: els catalans anaven a assajar d'esdevenir «província»²⁵.

Las últimas frases dejan clara constatación de lo que era una apología, en clave histórica, de la adecuación de la Lliga en un régimen autonómico tan paradójico como el de 1935: existía la Generalitat pero con las competencias autonómicas suspendidas. Es más, se justificaba la trayectoria política que desde su fundación, en 1901, había realizado la Lliga, caracterizada por la necesidad de que Cataluña interviniese en la política española.

ROVIRA I VIRGILI O EL DISCURSO REPUBLICANO POLÍTICAMENTE CORRECTO

Frente a la visión regionalista del «Onze de Setembre», las izquierdas catalanistas y el nacionalismo radical también intentaron imponer su interpretación particular del acontecimiento. En septiembre de 1932 fue aprobado el Estatuto de Autonomía para Cataluña. En la celebración del «Onze de Setembre» de aquel mismo año, Antoni Rovira Virgili, dirigente de Acció Catalana, escribió en su órgano de expresión, *La Publicitat* que

²⁵ Ferran Soldevila, *Història de Catalunya*, vol. III, Barcelona, Alpha, 1935, págs. 2-3. La cursiva en negrita es mía.

La commemoració de l'Onze de setembre ha deixat d'ésser un gemec de dolor. Ha deixat d'ésser també un sospir de desig. És, enguany, un crit de victòria. Una victòria civil, incruenta. Comença a triomfar la voluntat catalana. I la voluntat d'un poble conscient és més forta que les espases enemigues i més forta que les lleis d'opressió, d'assimilació i de limitació.

* * *

Al capdavant, els vençuts del 1714 han estat els vencedors. La causa que Rafel Casanova defensà és essencialment la causa catalana que ha entrat en el seu període victoriós. Mentrestant, tota l'obra de Felip V, del vencedor material d'aquella guerra, es trenca i s'enfonsa. El tron dels Borbons és fet estelles. I de mala fusta d'aquell tron, Catalunya en fa fogueres que saluden la nova llibertat²⁶.

Eran unas palabras que contrastaban con las que había pronunciado en 1913, en una coyuntura en la que Rovira, aunque formaba parte de la Unió Federal Nacionalista Republicana, se sentía, al mismo tiempo, enormemente atraído por el proyecto *noucentista* de la Lliga. Rovira había despreciado los hechos del sitio de Barcelona de 1714 por ser consecuencia de una guerra dinástica y no de una guerra verdaderamente nacionalista como pudo ser la «revuelta dels Segadors» de 1640. Pero, a su vez, 1640 no significó la pérdida de los privilegios e instituciones de Cataluña como sí lo supuso 1714. Curiosamente, un catalanista de izquierdas como Rovira asumía el discurso pratiano que condenaba el «Onze de Setembre» por significar una derrota sin paliativos de lo que ellos entendían como causa nacional de Cataluña²⁷.

Sin embargo, en 1932, Rovira i Virgili puso las bases de lo que iba a ser su reconversión a un nuevo *Noucentisme*, rebautizado como «noucentisme de masses»²⁸. Es decir, una Esquerra Republicana de Catalunya que, dirigida por el carismático Francesc Macià, iba a reconducir el elitismo del proyecto regionalista conservador hacia una vertiente más popular. Lo cual no significaba una ruptura respecto a los elementos que siempre habían definido por igual a las diferentes familias catalanistas: el civilismo y el sentido del orden. Ciertamente, Macià y los dirigentes de la Esquerra se esfuerza-

²⁶ Antoni Rovira i Virgili, «1714-1932. La realitat d'enguany», *La Publicitat*, 11-IX-1932, reproducido en *La commemoració...*, ob. cit., pág. 56.

²⁷ El capítulo «Corpus de Sang» era un escrito de 1913 que fue incluido por Rovira i Virgili en su libro de 1915 *Debats sobre'l catalanisme*, editado en Barcelona por la Societat Catalana d'Edicions.

²⁸ Enric Ucelay-Da Cal, *La Catalunya populista...*, ob. cit., págs. 121-134.

ron por definir el 14 de abril de 1931 como una revolución republicana, pero pacífica. Esta vocación gubernamental y de orden pero progresista, insistía en la necesidad de que el pueblo catalán debía mostrar su civismo actuando con sensatez. En este sentido, la Esquerra, desde la Generalitat, se esforzó por desmarcarse del insurreccionalismo cenetista al cual combatió sin reparar en medios. El maximalismo de la CNT forzó a los republicanos catalanistas a adoptar un discurso de orden, que invocando al espíritu civil catalán, logró notables similitudes con el discurso de orden de la Lliga. Un ejemplo fueron las palabras que Francesc Macià expuso en la celebración del 11 de septiembre de 1931:

D'ací a poc tindrem la llibertat de Catalunya, i jo ara crido tots els catalans perquè deixin els egoïsmes i covardies i vinguin al costat del Govern de Catalunya, a treballar per la glòria i el benestar de la terra²⁹.

Este espíritu de moderación atrajo al proyecto de Esquerra a liberales como Rovira i Virgili, el cual, en 1933, abandonó Acció Catalana y entró en ERC. Sin embargo, los hechos políticos del bienio 1933-1935 le permitieron matizar su nueva visión político-historiográfica de la Guerra de Sucesión. En diciembre de 1933 murió Macià y asumió la presidencia de la Generalitat Lluís Companys. Mientras nadie, ni en ERC ni en los círculos nacionalistas radicales contrarios a ERC, cuestionó el nacionalismo de Macià; Companys nunca fue considerado como un verdadero catalanista. Su obsesión por atraerse el nacionalismo radical, tanto de las JEREC como de las formaciones extraparlamentarias le condujo, a lo largo de 1934, a un callejón sin salida, que concluyó con los hechos del 6 de octubre de 1934 y el encarcelamiento de la mayor parte del gobierno de la Generalitat. En esta coyuntura, la publicística nacionalista radical se esforzó por utilizar la simbología histórica catalanista más significativa para cuestionar un gobierno central en manos de los lerrouxistas, acérrimos enemigos en el Principado de la causa catalanista durante las dos primeras décadas del siglo. De esta forma, desde organizaciones nacionalistas radicales como Nosaltres Sols! o el Partit Nacionalista Català se identificaban las luchas de los remsas del siglo xv, la revuelta de los «segadors» de 1640 y la resistencia del brazo popular en 1714 con los esfuerzos de ERC y sus

²⁹ Francesc Macià, «Discurs pronunciat l'onze de setembre de 1931», *La Publi-citat*, reproducido en *La commemoració...*, ob. cit., pág. 56.

coaligados por defender, ante el Gobierno Central, la Ley de Contratos de Cultivos³⁰.

Y si los hechos del 6 de octubre de 1934 inspiraron en clave regionalista la interpretación de Ferran Soldevila, también lo hizo en clave republicana la que Rovira i Virgili ofreció, en 1936, en el *Resum d'història del catalanisme*. A diferencia de Soldevila, la interpretación de Rovira justificó la sublevación de la Generalitat en 1713-1714 con el fin de hacer lo mismo respecto a la de octubre de 1934:

És possible que els catalans d'aquell temps cometessin greus errors, i avui són molts els patriotes que els retreuen d'haver-se posat al costat de la casa d'Àustria i contra la de Borbó, i d'haver mostrat una ideologia més aviat regionalista que no pas nacionalista. Però és evident que la principal preocupació d'aquells catalans, o d'una bona part d'ells, era, no el litigi dinàstic, ans la conservació de les llibertats de Catalunya, que van creure amenaçades per Felip d'Anjou³¹.

Ciertamente, en octubre de 1934, existió un sentimiento mayoritario entre las izquierdas catalanistas y obreras, no sólo de que las libertades catalanas estaban en peligro, sino también la misma República. Un sentimiento que se hizo intensamente real con la sublevación militar de julio de 1936 y que condujo a Rovira, en 1937, a dar un sentido radicalmente político y coyuntural a su interpretación histórica del «Onze de Setembre»:

No. No és el lleialisme vers Carles d'Àustria allò que va dur a l'alt heroisme i a l'exemplar sacrifici els catalans del 1714. La significació vera i profunda d'aquell moment és la d'uns homes que donen el màxim valor a la doble llibertat individual i col·lectiva.

(...)

(...) En cada segle, en cada dinastia, en cada època, Catalunya s'ha alçat contra els poders absoluts, opressors, reaccionaris o totalitaris. I és que ella ha estat, és i serà democràtica, igualitària, progressiva i liberal. Podem dir que Catalunya ha rebutjat sempre el feixisme sota les formes que aquest ha revestit històricament. Joan II, Felip IV, Felip V representaven en el fons, allò mateix que avui representa Franco³².

³⁰ Por ejemplo, el artículo del miembro del Partit Nacionalista Català, Daniel López, «Remences i isidristes», *La Nació Catalana*, 29-IX-1934.

³¹ El libro fue publicado en 1936 por Editorial Barcino. La presente cita es de la edición Antoni Rovira i Virgili, *Resum d'història del catalanisme*, Barcelona, La Magrana-Diputació de Barcelona, 1983, pág. 70.

³² Antoni Rovira i Virgili, «La significació del 1714», *La Publicitat*, 11-IX-1937, re-

La resistencia contra las tropas franquistas encontró en el «Onze de Setembre» todo un símbolo de la resistencia contra el fascismo. Entendiendo el fascismo como la expresión última y moderna del autoritarismo castellano, los publicistas republicanos, liberales y separatistas exaltaron entre 1936 y 1939 el carácter civilista, antimilitarista y antiautoritario del catalanismo. El antimilitarismo debía ser entendido, tal y como ya se había puesto de manifiesto en 1914-1918, como una crítica a la guerra agresiva y de conquista; y, en la lógica de los catalanistas pro-republicanos, el objetivo de los «rebeldes» era agredir y conquistar Cataluña. Pero, por otro lado, este discurso antimilitarista poseía una notable retórica militar fundamentada en la consigna revolucionaria del «pueblo (catalán) en armas»³³.

LAS ¿SIMILITUDES? ENTRE LA GUERRA DE SUCESIÓN Y LA GUERRA CIVIL

La visión militarista que la oposición contra Franco tuvo del régimen del generalísimo se fundamentó en la idea de que la rebelión del 18 de julio del 1936 y el monopolio del poder en la España nacional recayó en los militares, se disfrazasen o no de falangistas. Esta percepción reforzó la concepción civilista y antimilitarista de los diferentes sectores catalanistas. Por tanto, el antifranquismo catalanista insistió aún más en la dicotomía España (o Castilla) igual a barbarie y Cataluña igual a civilización. Sin embargo, esta interpretación simplista obviaba las múltiples alternativas de liberación nacional y social de tipo militar o armadas que había diseñado o adoptado el catalanismo y la sociedad catalana de izquierdas a lo largo del siglo xx (los «escamots» de Estat Català, Bandera Negra, SEM, las columnas de milicianos en la Guerra Civil, guerrillas urbanas y rurales durante el franquismo). Todas estas opciones fueron justificadas por la intelectualidad catalanista y catalana de izquierdas como opciones defensivas contra el agresor exterior. De esta forma, la Guerra de Sucesión se convirtió, en el imaginario catala-

producido en Antoni Rovira i Virgili, *Quinze articles. Viatge a la URSS*, Barcelona, edicions 62-Orbis, 1985, págs. 48-49.

³³ Una visión justificativa del militarismo antimilitarista y defensivo del catalanismo y del conjunto de la sociedad catalana de los años de la Guerra Civil en Manuel Cruells, *De les Milícies a l'Exèrcit Popular de Catalunya*, Barcelona, Dopesa, 1974. Un estudio sobre el proceso de reordenación militar de la España republicana y, en concreto, del caso catalán en Ramon Brusco, *Les milícies antifeixistes i l'exèrcit popular a Catalunya (1936-1937)*, Lleida, Edicions El Jonc, 2003.

nista, en el ejemplo perfecto de guerra defensiva resaltando la entronización de Felipe V como una agresión contra las instituciones y constituciones de Cataluña. En consecuencia, se llegó a comparar el Decreto de la Nueva Planta de 1716 y la instauración de los Borbones en el siglo XVIII con la victoria militar del general Franco y la supresión del Estatuto de Autonomía en 1938-1939³⁴.

En rigor, durante los años del franquismo, la exaltación pública o privada del «Onze de setembre del 1714» actuó como sinónimo de la caída de Barcelona del 25 de enero de 1939 y de la instauración, no sólo en Cataluña, sino en toda España, de un sistema de gobierno autoritario. Por esta razón, las celebraciones del «Onze de setembre» durante los últimos años del franquismo y los primeros de la época juancarlista, se iban a caracterizar por su significado antidictatorial y no exclusivamente catalanista. La consigna «Libertat, Amnistia i Estatut d'Autonomia» permitió concentrar a miles de personas en actos y manifestaciones ya celebres como las de Sant Boi de Llobregat en 1976 o del Passeig de Gràcia de Barcelona en 1977. Así, el «Onze de setembre» devino una fecha de celebración común para todos los sectores sociales y políticos antifranquistas, fuesen o no nacionalistas, puesto que, en los momentos de la Transición, definirse como catalanista no era estrictamente sinónimo de convicción nacionalista sino también o exclusivamente de demócrata³⁵.

³⁴ En 1945, el Consell Nacional Català entregó un documento a las Naciones Unidas con el fin de que éstas tuviesen en cuenta la causa nacional catalana al final de la Segunda Guerra Mundial y comprendiesen el carácter antidemocrático y dictatorial del régimen de Franco. Con este objetivo, los publicistas catalanistas no dudaron en incorporar cualquier referencia a la Guerra de Sucesión: «Catalunya existí com a nació lliure fins el 1714, que fou finalment incorporada per força a l'Estat espanyol», o «el 1713, pel Tractat d'Utrecht, després d'una llarga guerra contra el seu opressor espanyol, els drets de Catalunya foren dejectats pels seus propis aliats», en Consell Nacional Català, *El cas de Catalunya. Apel·lació a les Nacions Unides. Conferència sobre organització internacional San Francisco, Califòrnia. Abril 1945*, Barcelona, Omnium Cultural-Avui, 1986, págs. 9-10. Más explícito fue el ultranacionalista Raimon Galí que desde el exilio, en 1946, apuntó la necesidad de confeccionar un ejército nacional de liberación de Cataluña: «El nostre Exèrcit ha de servir per a restablir l'equilibri peninsular i evitar un altre Desastre com el del 1939, tornant a deixar les coses d'Espanya com Déu les va fer: que ben fetes estaven abans que Felip V les establés», a Josep M. Ametlla y cols., *Els «Quaderns de l'Exili»*, Barcelona, Barcelonesa d'Edicions, 1994, pág. 92.

³⁵ Borja de Riquer i Joan B. Culla, *El Franquisme i la Transició Democràtica (1939-1988)*, «Història de Catalunya», dirigida por Pierre Vilar, vol. VII, Barcelona, Edicions 62, 1989, págs. 427-431. En septiembre del 1977, los historiadores socialistas Jaume Sobrequés y Joaquim Nadal afirmaron que «les actuals reivindicacions de Catalunya, canalitzades sovint en jornades de lluita, com els successius onzes de Setembre, no es redueixen a una restauració intacta d'institucions que ja no tenen

Por esta razón, de forma oficiosa durante el periodo de la Generalitat restaurada del 1977 y de forma oficial con el primer gobierno de Jordi Pujol en 1980, se legitimó definitivamente el «Onze de setembre» como la «Diada nacional de Catalunya». Además, la elección de esta fecha conectaba con la sempiterna insistencia de los círculos intelectuales catalanistas por demostrar la capacidad civilizadora y poco agresiva de Cataluña, mártir siempre de agresiones foráneas. Pero también para desmarcar a Cataluña y el conjunto del movimiento nacionalista catalán de la imagen centro-peninsular por la cual se identificaba a los nacionalismos periféricos con la estrategia terrorista o de lucha armada que mantuvieron la minoritaria Terra Lliure en la Cataluña de los primeros ochenta y la izquierda abertzale durante el último tercio del siglo xx y principios del siglo xxi. Los sectores más institucionales del catalanismo entendían que, a finales del siglo xx, la cultura había sustituido a las armas como forma de lucha nacional. En 1995, el presidente de la Generalitat, el convergente Jordi Pujol, recordó la resistencia catalana durante la Guerra de Sucesión a través de la evocación de las figuras de Antoni de Villarroya, Rafael Casanova y Sebastià Dalmau. La evocación de Jordi Pujol se concretó en el prólogo del libro escrito por Josep Carreras i Bulbena, coeditado por la Generalitat de Catalunya y Barcelonesa d'Edicions, y en el cual se exaltaban las tres personalidades citadas. Sin embargo, Jordi Pujol indicaba que, a finales del siglo xx, las armas de fuego utilizadas por los tres héroes homenajeados del «Onze de setembre» debían ser sustituidas por las armas de la cultura y el respeto por la naturaleza:

Són tres noms que no convé que se'ns en vagin de la memòria perquè la seva actitud heroica sempre ens pot alligonar i estimular la nostra adhesió a Catalunya.

En aquella circumstància històrica Catalunya lluitava per les seves llibertats i defensava les seves institucions enfront d'un rei que personificava l'estil absolutista i que, acabada la guerra, abolí la Generalitat i prohibí l'ús oficial de la llengua catalana.

Als catalans de 1995 ens correspon mostrar l'estimació al nos-

sentit, sinó que instrumenten el record d'una derrota política, la de l'11 de Setembre de 1714, per reclamar novament un dret inalienable: el del poble de Catalunya de dotar-se de les institucions de govern més adients a l'actual configuració social del Principat», en Joaquim Nadal i Farreras y Jaume Sobrequés i Callicó «L'onze de setembre de 1714. Significació històrica», *L'Avenç*, núm. 5, setembre 1977, pág. 57. En 2005, Jaume Sobrequés era director del Museu d'Història de Catalunya y Joaquim Nadal era conseller d'Obres Públiques i Política Territorial del gobierno de la Generalitat presidido por el socialista Pascual Maragall.

tre país de manera diferent de com ho van fer Villarroel, Casanova i Dalmau, però amb la mateixa intensitat. En aquesta època de desenvolupament de les comunicacions i d'enormes possibilitats d'intercanvi, hem de crear també condicions favorables per a l'enfortiment de les cultures, de les llengües, del respecte a la naturalesa, del benestar social, de la convivència en pau, i tot això en una perspectiva de progrés humanístic i de millora de la qualitat de vida de la persona. Cadascú en el seu àmbit. Nosaltres, evidentment, a Catalunya³⁶.

Paralelamente, durante los años ochenta y noventa, y bajo una fuerte inspiración del nacionalismo israelí, sectores políticos e historiográficos cercanos a Convergència Democràtica de Catalunya (CDC) y, sobre todo, al que era presidente de la Generalitat Jordi Pujol, plantearon la necesidad de establecer un culto importante a los muertos caídos por la causa catalanista y por Cataluña. El objetivo era no olvidar nunca las agresiones exteriores sufridas por Cataluña a lo largo de su historia. Ilustrativo de este modo de pensar fueron las múltiples referencias de Jordi Pujol a la necesidad de que Cataluña contara con su propio *Yad Vashem* (Museo del Holocausto judío ubicado en Jerusalén y que recuerda el exterminio del pueblo judío en los campos de concentración nazis) o unas ruinas históricas que cumpliesen el mismo papel que para la sociedad judeo-israelí tenía el Muro de las Lamentaciones. Concretamente, se pretendía contrarrestar la fraseología franquista sobre el número de muertos generado por la represión revolucionaria de 1936-1939 con una estadística de muertos provocados por los bombardeos de la aviación «nacional» durante la Guerra Civil y la represión franquista entre 1938 y 1945. Así, la guerra de cifras sobre los muertos realizados por cada bando durante el conflicto civil y el discurso del luto y la muerte de los héroes y las víctimas respectivas dominó la escena de la historiografía catalana durante buena parte de la Transición, extendiéndose, incluso, hasta finales del siglo xx y principios del siglo xxi en un intento por qué las nuevas generaciones no olvidasen una guerra que en muchos casos no sabían ni siquiera que había existido³⁷.

Curiosamente, a principios del siglo xxi, las obras de construcción de la Biblioteca de Barcelona en el solar del antiguo Mercat del

³⁶ Palabras de Jordi Pujol, presidente de la Generalitat de Catalunya a Josep Carreras i Bulbena, *Villarroel, Casanova...*, op cit., págs. 9-10.

³⁷ Durante los años ochenta, el estudio emblemático que inició en Cataluña las investigaciones sobre la represión franquista de la posguerra fue Josep M. Solé i Sabaté, *La repressió franquista a Catalunya 1938-1953*, Barcelona, Edicions 62, 1985.

Born, sacaron a la luz los restos de la Barcelona destruida por las tropas de Felipe V en 1714. Rápidamente, se levantaron numerosísimas voces del mundo intelectual y político catalanista reclamando el cese de las obras de la Biblioteca y el mantenimiento de los hallazgos arqueológicos, no únicamente como un espacio de trabajo historiográfico, sino también de recuerdo y veneración de los mártires catalanes caídos por la defensa de las instituciones catalanas. De esta forma, se indicó que las piedras históricas descubiertas en el Born debían tener para los catalanes el mismo significado que el Muro de las Lamentaciones para los judeo-israelíes. La presión de los medios de comunicación provocó finalmente el paro de las obras y el traslado de la Biblioteca a otro espacio público.

El debate suscitado por las ruinas de la Barcelona de 1714 coincidió en el tiempo con el que provocó la decisión, en 2002, del gobierno conservador de José María Aznar de mantener los papeles de la Generalitat republicana en el fondo del Archivo Histórico de Salamanca. Nuevamente, el concepto de agresión volvió a aparecer en el vocabulario de la clase política e intelectual catalanista. El historiador Josep Fontana llegó a preguntarse

Quin sentit té l'enfrontament pels anomenats *papers de Salamanca*? ¿Què potser són uns documents trascendentals, la transferència dels quals empobriria l'arxiu on ara són i enriqueiria aquell on es destinessin? És evident que no.

(...)

La qüestió no té res a veure ni amb les necessitats de la recerca històrica, ni amb la suposada «unitat de l'arxiu», una explicació que no té cap sentit aplicada a una col·lecció de materials de la més diversa naturalesa, sense gaire més en comú que el seu origen: el fet que procedeixin d'un botí de guerra, arrabassat la major part a institucions democràtiques que el general Franco va abolir com a conseqüència de la seva victòria a la guerra civil. El retorn d'aquests papers representaria una prova que la guerra està efectivament liquidada i seria una mostra de la voluntat dels vencedors d'establir una nova base de convivència en pau³⁸.

Ahora bien, tanto el tema de los restos arqueológicos de la Barcelona de 1714 como el de los papeles del Archivo de Salamanca, como en el 2004-2005 la reforma del Estatut, no movilizaron al común de la población catalana. De hecho, la propia «Diada Nacional»,

³⁸ Josep Fontana, «Tornar un botí mal guanyat», *El Periódico*, Barcelona, 19-X-2002, pág. 7.

a medida que acabó el siglo xx, devino un día festivo más del calendario como lo podía ser el día de Navidad o los Reyes Magos (Epifanía del Señor). La propia Guerra Civil de 1936-1939, comparada insistentemente por los catalanistas con la Guerra de Sucesión, quedaba alejada de los recuerdos sentimentales y de los intereses materiales más próximos de los catalanes. Por esta razón, para combatir el olvido de la Guerra Civil, el gobierno tripartito de la Generalitat, formado en el 2003 por PSC-PSOE, Esquerra Republicana de Catalunya e Iniciativa per Catalunya-Els Verds, potenció una política de descubrimiento de fosas comunes que tenía por objetivo encontrar desaparecidos de la Guerra Civil y demostrar la crueldad exterminadora de las tropas franquistas. Sin embargo, fueron exclusivamente los familiares afectados por la desaparición de algún familiar los que mostraron un elevado interés por la iniciativa de la Generalitat presidida por el socialista Pascual Maragall. El conjunto de la sociedad catalana se mantuvo al margen de esta circunstancia.

La consolidación de una cultura del bienestar netamente materialista y pragmática ha dejado en la cuneta, excepto para los sectores intelectuales y políticos, el recuerdo del pasado, ya sea para investigarlo con rigor o por motivos políticos. De esta forma, la propia conmemoración del «Onze de Setembre» ha quedado limitada en los últimos quince años a actos institucionales de los diferentes ayuntamientos catalanes o a una ofrenda floral que cada uno de los partidos políticos catalanes lleva por separado a los pies de la estatua de Rafael Casanova en Barcelona, teatralizándose la ruptura del espíritu unitario que tuvieron las celebraciones de la Transición. Por su parte, el conjunto de la sociedad catalana ha tendido a despolitizar y desacralizar la festividad de la «Diada» y aprovechar su carácter de día no lectivo para apurar en la playa los últimos días del verano.